LIBROS

J. IGNACIO RUBIO MAÑE, *Introducción al estudio de los virreyes de Nueva España. Expansión y defensa*, vol. II. Universidad Nacional Autónoma de México, 1961, 360 pp.

Este segundo volumen forma parte de lo que será un extenso estudio sobre los virreyes de Nueva España.

Para la corona española fue aún más difícil conservar que conquistar sus colonias. En el primer volumen nos enteramos de cómo las autoridades de Nueva España, hacia 1565, tuvieron que enfrentar una conspiración realizada por el Marqués del Valle de Oaxaca. En la ciudad de México convivían españoles, mestizos y criollos; la rivalidad y los celos políticos entre unos y otros eran la causa principal de conspiraciones, tumultos y atentados, que se repetían periódicamente.

Los criollos, mestizos e indígenas estaban siempre dispuestos a manifestar su descontento contra los españoles. Hubo varias rebeliones indígenas; los chichimecas (hacia 1554) se dedicaron a saquear haciendas y a atacar a los viajeros; los indios de Nueva Vizcaya también se insubordinaron; pero la más importante y radical rebelión fue la de Nuevo México, en donde los indígenas lograron desalojar a los españoles.

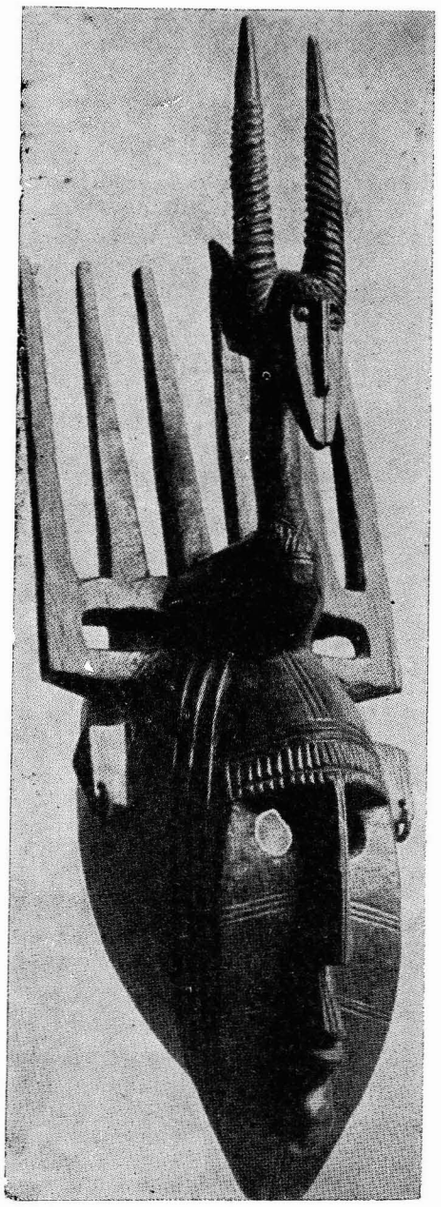
En el siglo XVI los españoles entraron en los territorios de Florida y California, y los agregaron al dominio de Nueva España. Pero en el siglo XVII sufrieron una invasión de corsarios en Yucatán, y otros ataques de piratas a Veracruz y Campeche.

El mismo tipo de sucesos se repitió en Nueva España durante los siglos XVI y XVII. El volumen segundo se inicia con el relato de la lucha de españoles y franceses en la Isla Española de Santo Domingo. Más tarde los franceses intentaron invadir Texas. Los españoles lucharon nuevamente contra los corsarios en Yucatán, los desalojaron de la Isla de Términos, y los combatieron en el territorio de Belice, donde los corsarios se dedicaban a explotar bosques. Los virreyes no sólo tenían que preocuparse por las expediciones extranjeras al Seno mexicano, sino también por los indios que se rebelaban; los naturales de Nayarit se atrincheraron en la sierra hacia 1701, y las tropas españolas tuvieron que someterlos; asimismo hubo expediciones contra las tribus lacandonas que habitaban el Petén. Al iniciarse el siglo XVIII la rivalidad entre criollos y españoles causó un sangriento motín en Valladolid de Yucatán.

En todas estas guerras y disturbios los reyes españoles giraron órdenes a las autoridades coloniales, encomendándoles la salvaguarda de Nueva España; pero les ordenaban el máximo ahorro del tesoro real en las empresas.

Un factor muy importante en la pacificación de la Colonia fueron los frailes evangelistas, que sirvieron de intermediarios entre vencedores y vencidos; a éstos les recomendaban paciencia y a aquéllos les predicaban la moderación. Los españoles no intentaban destruir al enemigo, sino convertirlo en instrumento de explotación. Los indios y los españoles al mezclarse engendraron una raza con características diferentes a las de ellos. Los mestizos (aun los criollos) poco tiempo después de la Conquista comenzaron a manifestar deseos de independizarse de la metrópoli.

—C. V.



B. T., *Ambiente de los escritores en México*. México, 1960, 127 pp.

En la portada se asegura que se trata de un *ensayo*, para darle un carácter más realista a esta novelita fantástica. B. T. (¿Bruno Traven?) les pone a sus personajes nombres verdaderos y atributos falsos, y lanza un "yo acuso" contra ellos, fundándose en el principio de que el literato o es un muerto de hambre o está corrompido por el dinero. B. T. se cree el McCarthy de la literatura mexicana; asegura que intenta "exhibir ante la faz de la nación a la poderosa mafia... más terrible que las de Sicilia o los *gangs* de los Estados Unidos".

¡Y no habíamos advertido su existencia!

El "jefe mafioso" es Juan Rulfo, y sus temibles pistoleros son Emmanuel Carballo, Juan José Arreola, Alí Chumacero, Luisa Josefina Hernández, Ramón Xirau, etcétera. (El novelista se oculta tras las modestas iniciales B. T., para evitar represalias de la sanguinaria mafia.)

¿Cuál es el crimen de los amafiados? Haber tenido becas en el Centro Mexicano de Escritores. La mafia, además, se ha apoderado de *México en la Cultura* y del Fondo de Cultura Económica. (¡Malvados!) Después, el nuevo inquisidor dedica un centenar de páginas a desenmascarar a Juan "Al Capone" Rulfo, y a su lugarteniente Juan "José Dillinger" Arreola. Lo hace con tal realismo que hasta el que no sabe nada del asunto se da cuenta de que esta novelita tiene espíritu maniqueísta: el héroe es el autor de la novelita, y el resto de los escritores son los villanos "amafiados" contra el talentoso autor de la novelita. Sin embargo hace algunas excepciones, como Miguel N. Lira "el ruiseñor tlaxcalteca", del que asegura que "cuando por intrigas lo cambiaron de su solar natal, y lo mandaron hasta Chiapas, lanzaba desgarradores cantos de tristeza. Afortunadamente lo reincorporaron a su terruño para que siga deleitándonos con sus rimas". (El autor no aclara si Rulfo tuvo que ver en el asunto, pero sospechamos que sí.)

No piense el lector que B. T. es un resentido, ni crea que a él le molesta el éxito de los otros. No, y mil veces no; sólo trató de echar a volar su calenturienta imaginación.

—C. V.

EDUARDO LIZALDE, *La cámara*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1960, 145 pp.

Tenemos delante un pequeño libro de relatos de joven autor mexicano, integrado por un corto número de cuentos; hay algunos que en realidad no pueden considerarse como tales (posiblemente no fue intención única de Lizalde el formar este volumen con cuentos), sino más bien impresiones que ha tenido el autor ante sucesos comunes o característicos del medio mexicano (*Un delito* y *Pablo y el tigre*, por ejemplo). Hay otros en que parece ser que la intención ha sido la de ridiculizar o criticar sistemas administrativos y maneras de vivir y pensar de ciertos núcleos de gente (*Maniobras palaciegas, Las costumbres*).

Los que a mi juicio podrían llamarse cuentos son únicamente: *La cámara, Cuentos de la Gioconda* y *La tormenta*. En ellos se nota más la presencia de la capacidad imaginativa del autor y no el simple referir sus impresiones.

Con excepción de estos tres títulos, los demás encierran —otra vez— simples impresiones personales, o bien relatos que son producto de un momento aburrido del autor (*El desayuno, Otra fábula*).

Es justo decir, por otra parte, que en Eduardo Lizalde se advierte habilidad para narrar asuntos originales, que en ocasiones mantienen vivo el interés por su lectura.

—G. V.